

Mónica baila en una fiesta a la que había ido con una amiga que hacía intercambio de conversación con una francesa.

Era arquitecta, bueno, había estudiado arquitectura, pero no tenía trabajo.

Al menos se había presentado a unas oposiciones para dar clases de dibujo en Castilla la Mancha y había aprobado, pero eso no significaba que hubiera conseguido una plaza.

Estaba en las listas, lo que quería decir que en caso de baja de un profesor, la llamarían para hacer una sustitución.

De hecho ya la habían llamado hacía unos meses para dar clases en un instituto de Seseña, pero al final se había quedado sin el trabajo porque un inspector había averiguado que la profesora a la que sustituía no estaba tan enferma como decía.

Resulta que aquel municipio de Toledo necesitaba profesores porque a él se habían ido a vivir miles de familias madrileñas.

Era gente que procedía de otros barrios del sur de la ciudad, que al casarse y tener hijos habían tenido que descender aún más en la escala urbana.

La media de veinte kilómetros para llegar desde los barrios pobres hasta el centro de la ciudad, se había duplicado tras ese pelotazo inmobiliario; aunque a ella le parecía que el balón se les había salido del área.

Recordaba, mientras bailaba, que todo había empezado hacía unos diez años cuando España estaba a punto de entrar en el euro.

Por entonces se decía que había mucho dinero negro, y se aprovechaban las ventas de pisos para blanquearlo.

De repente la idea del negro y el blanco le hizo pensar en la imagen del ying y el yang.

A continuación se imaginó aquel negocio como un pozo negro, a hombres saliendo de entre los excrementos con las manos llenas de billetes, y a mujeres lavándolos, frotando concienzudamente hasta transformar las pesetas en euros.

Suponía que el mundo humano era así, que había pozos de agua limpia y pozos de agua sucia; mientras que en la naturaleza lo puro y lo impuro no se encontraban segregados, sino que los animales dejaban sus excrementos donde les coincidía sin por ello mancillar su mundo.

Así solía pasarse el día, pues tenía mucha imaginación.

Su padre, que la adoraba pero que había muerto de cáncer cinco años atrás, la animaba

a hacerse escritora.

Pero a ella la arquitectura también le parecía un buen terreno para emplear la imaginación, como habían hecho grandes maestros como Gaudí.

Además consideraba que los modos de habitar el espacio deberían cambiar, volverse todo más versátil, y las relaciones humanas también.

Su ideal, cuando empezó la carrera, era el de lograr construir viviendas sociales, o al menos edificios públicos.

Jamás aceptaría dibujar los típicos bloques de viviendas, porque le recordaban a las celdillas de las obreras y a las cárceles.

Había viajado a Portugal para ver la obra de Álvaro Siza, aunque en Berlín también había visitado su edificio conocido como Bonjour tristesse, tan gris como la vida en las ciudades, pero al menos se trataba de una bella metáfora de hormigón.

La materialidad de aquella obra tan profundamente espiritual le había llevado a recordar la bella pagoda de Fisac situada a orillas de la Avenida de América, más allá de las torres blancas de Oiza.

Su derribo me parece también otra buena metáfora de la triste realidad urbanística en Madrid, medita sin dejar de bailar.

Mónica camina hacia Alonso Martínez tras haberse terminado la fiesta a la que había ido con su amiga Manoli, que cogerá allí el metro para volver a casa.

El anfitrión y dos compañeros de trabajo de éste las siguen.

Sin duda querían ligar, como todos, especialmente un sábado por la noche.

A ella le hacía mucha gracia ese comportamiento humano tan animal.

No es que se riera del instinto sexual, ya que no le parecía ninguna broma, sino que le asombraba que durante toda la semana pudieran reprimirlo de un modo rotundo, mientras que en esas circunstancias llegaran incluso a parodiarlo.

Se imaginaba que eran perros siguiendo a las hembras por el olor de la entrepierna y que en cualquier momento levantarían la pata y marcarían territorio, ya que el mayor desenfreno de los machos jóvenes consistía en eso, en dejar las fachadas del centro cubiertas de orines.

Así, tras haber ingerido litros de alcohol, volvían a casa contentos de haber podido sacar la chorra en plena calle desafiando el orden público y moral.

Cuánta represión sufrimos, y así estamos, que llegamos a los treinta solos, sin trabajo, y ni nos quejamos.

Y hasta ella misma debía reprimirse porque por una parte sentía la lógica necesidad de interactuar con aquellos tres chicarrones que las seguían como hipnotizados, aunque

por otra conocía demasiado bien ese tipo de situaciones.

Estaba segura de que cualquiera de ellos aprovecharía la mínima ocasión para tirársele

encima, llevarla a su casa y ofrecerle un sexo completamente insidioso.

Luego roncaría como un cerdo, y por la mañana se mostraría distante.

Algunas veces, tratando de dejarse llevar por su desbordante imaginación, había pensado que al desnudarse y abrazar a un ser del sexo opuesto, a ambos les brotarían alas pudiendo elevarse y volar juntos, como en los sueños, a través de hermosos paisajes.

Sin embargo su experiencia le aseguraba que lamentablemente no era así, que la pasión amorosa resultaba un lujo al que muy pocos tenían acceso.

Antes, cuando se mantenían relaciones castas, al menos durante el noviazgo la gente podía soñar con un amor de dimensiones extraordinarias.

Aunque aquel fue únicamente otro modo de represión sexual que condujo a las parejas

formales a esperar varios años para acabar realizando un acto sexual anodino, y que tan sólo conducía a procrear.

Y así, tanto los matrimonios como las parejas informales, acababan practicando el sexo con desidia, como si toda mujer, incluso la esposa abnegada, no fuera más que una prostituta gratuita.

Precisamente por eso no quería tener novio, porque ese tipo de relaciones amorosas, por llamarlas de algún modo, no le interesaban en absoluto.

Al menos había conocido el amor con mayúsculas en París durante su año Erasmus.

El problema era que él estaba casado en su país, Norteamérica.

Se habían conocido en una fiesta en la Ciudad Universitaria y el flechazo había sido fulminante.

Ella había sentido por él una atracción tan inmensa como la que deben experimentar los astros, la cual provoca no sólo mareas, sino grandes cataclismos.

Poco había estudiado ese año, pero le parecía que había sido el único momento de su vida en el que no había perdido el tiempo.

Lo que más le gustaba de él era su sensibilidad para la música y la pintura.

Juntos habían visitado todos los museos de la ciudad, e incluso habían estado en la ópera viendo una representación del Don Juan de Mozart.

Por cierto, aquellos tres aprendices de Tenorio les siguen todavía.

Mónica sonrío porque antes de acostarse había mirado el correo y tenía uno muy romántico de un chico francés al que acababa de conocer. Eso era lo que necesitaba en su vida, un poco de romanticismo, porque del resto no le faltaba de nada. Trataba de recordar el color de sus ojos, de su pelo, la forma de su nariz, las orejas... Pero como mucho lograba recrear cambiantes caricaturas de diversos rostros tan desconocidos como los que se cruzaban diariamente en su camino. Recordaba que había permanecido toda la noche de pie en una esquina mientras que su novia coqueteaba sin cesar con el anfitrión. En el fondo le produjo lástima y acercó a él ofreciéndole un intercambio, en lugar de conversación, de lenguas, en plural, con e abierta al final. La broma había surtido efecto porque de inmediato se sonrojó. Luego comenzaron a hablar de temas absurdos como el Nepal, los koalas, o las jerarquías angélicas. A todo esto en francés, porque él no sabía ni una palabra de español. Parecía un chico tímido, aunque muy inteligente. Sonreía de nuevo pensando que aquello le excitaba, y que además hacía mucho tiempo que no se encontraba con ningún hombre así de interesante. La mayoría le parecían demasiado básicos. Manolos, les llamaba. Por cierto, Manu debía proceder de Manuel. Sin embargo no parecía alguien inclinado a los trabajos manuales, sino a las arduas labores intelectuales. En todo caso sus delicadas manos estaban hechas para acariciar, aunque también parecía saber hacerlo a la perfección con la mirada. Lo cierto es que estaba contenta a rabiar. Le parecía un milagro que alguien volviera a regar su corazón tras tantos años de sequía. Quizás pronto llegaran a germinar las semillas que dormían en él. De hecho notaba ya un extraño calor en su pecho. Le había respondido, precipitadamente, que podrían encontrarse en el museo del Prado a las doce. El problema era que como siguiera pensando en él, iba a llegar a la cita sin dormir. Cuánto tiempo hacía además que no visitaba aquel maravilloso museo. De repente recordó que su padre lo adoraba, y juntos pasaban allí las mañanas de los domingos haciéndose pasar por turistas y riéndose hasta saltárseles las lágrimas. Aunque su padre se consideraba ateo, ella no podía evitar mirar hacia el techo para tratar de comunicarse con él y expresarle su alegría. Entonces pensaba que aquella debería haber sido una noche mágica, ya que incluso a Marcial le había sucedido algo insólito. El pobre había tendido que abandonar la pensión al haber pasado la dueña a mejor vida y su hijo vendido el piso. Resulta que cuando se puso a buscar habitación, como el barrio estaba próximo a la Universidad, se había llenado de estudiantes ricos de provincias que se negaban a compartir morada con un simple camarero. ¡Qué nazi se está volviendo la gente!, piensa con lágrimas en los ojos. La verdad es que podría haberse mudado de barrio, pero era un cabezota. Decía que al menos allí conocía a mucha gente y se sentía parte de la sociedad. A ver si es cierto que le ha caído una mujer del cielo, se dice volviendo a sonreír y tratando en vano de dormir.

Mónica sueña con París, una ciudad llena de belleza y cultura.

Allí todo resultaba artístico y armonioso, desde los edificios hasta las personas que los habitaban.

La luz poseía un matiz particular, como si se tratara de la iluminación propia de los cuadros o de las películas.

Sin embargo en Madrid, donde casi siempre brillaba el sol, éste lanzaba sus rayos sobre la ciudad y sus habitantes con tal ferocidad como si quisiera castigarlos.

Se diría que París estaba iluminado con delicadeza a través de una pantalla formada por las nubes, mientras que en Madrid la bombilla quedaba al desnudo resultando cegadora y proporcionando unos contrastes grotescos.

Allí una podía vestirse de colores sin miedo a herir la vista de los demás puesto que a penas se reflejaba el sol sobre las vestimentas.

Sin duda aquel había sido el lugar donde más seres humanos a lo largo de la historia tuvieron la fortuna de cubrirse con el brillo resplandeciente de la seda y amar hasta la saciedad.

Si por ella hubiera sido, la revolución hubiera tomado el camino contrario, y en vez de degradar a los nobles, se hubiera ennoblecido a los plebeyos, tal como proponía el yerno de Marx en su Elogio a la pereza.

Sin embargo, incluso el país que en la batalla de Poitiers había detenido la invasión del más cruento de todos los monoteísmos, creado a imagen y semejanza del católico, se encontraba también ahora en estado de guerra contra él.

Y no es que ella tuviera nada en contra de los musulmanes, sino de la necesidad de los mal llamados cristianos de combatirlos sin piedad.

De hecho Madrid, diez siglos atrás, había sido una población sarracena, como la mayoría de la península ibérica.

Por mucho que los conservadores lo negaran con todo su empeño, el país todavía guardaba su esencia mora, de la que ella no se avergonzaba en absoluto.

La prueba era que incluso el adalid español de la cruzada del siglo XXI poseía un apellido árabe.

Por cierto, los Aznares y sus amigos integristas, a la guerra civil habían tenido el valor y la osadía de denominarla cruzada.

Eso podía dar una idea de la magnitud del problema sobre el que se asentaba la cultura, o incultura española.

Creía que la ingesta desmesurada de alcohol y la prostitución gratuita en masa generada como consecuencia de lo primero, no eran más que viejas tácticas guerreras.

Se trataba de un modo muy astuto de colocar en la mano de cada cual una daga y dejar actuar libremente a la animalidad propia de nuestra especie.

Por eso mismo saldría a la calle esa tarde en defensa de los derechos más básicos de los ciudadanos de su país, ya que ellos no eran culpables del pecado heredado de los reyes católicos por todos los españoles.

Aunque por otra parte se temía lo peor, ya que la tercera guerra mundial, al igual que el arte, había perdido sus contornos y nada podía verse con claridad.

No lo decía sólo ella, sino que Stéphane Hessel, uno de los intelectuales al frente de esta batalla pacífica, así lo manifestaba.

Del mismo modo también tenía claro que el espíritu antidemocrático del franquismo seguía vivo y tenía nombres y apellidos.

Muchos pertenecían al Opus Dei, una secta católica nazi.

Por eso en sueños abandona su ciudad y viaja a París, para encontrarse rodeada de los valores morales a los que conduce un sabio y racional ateísmo, y de los cuales el amor puro es el más elevado de todos.

Mónica mira atentamente el cuadro que le había fascinado desde niña.

Su padre se lo había hecho descubrir, como casi todo, pues además de un socialista convencido y un perfecto conocedor de la historia universal, era un enamorado de las pinturas negras de Goya.

Todavía le costaba reprimir las lágrimas ante la emoción que le producía recordar al gran hombre que le había transmitido su saber con infinito amor.

Era Toledano y un romántico como Bécquer.

En cuanto tenía un poco de tiempo libre, cogía el coche y se iba a recorrer las estrechas callejuelas repletas de vestigios de todas las culturas que luego, en el siglo del robo del oro, habían hecho brillar la cruz de la nuestra.

Aranjuez, los jardines del palacio, era uno de sus lugares favoritos, al que cada primavera llevaba a su familia.

¡Cuánto amor derrochaba!

Quizás Goya había sido así, todo pasión, entrega y dedicación.

Y allí, ante sus ojos, permanecía incorruptible el fruto del espíritu libre de un genio que desde joven se había considerado lleno de imaginación.

Ella piensa que ésa debería ser la única y verdadera libertad de la cual todos los seres humanos deberíamos gozar, pues nos volvería dichosos.

El arte, sustituyendo a las religiones, todas ellas inquisitoriales y generadoras de conflictos bélicos, sería capaz de convertirnos a todos en soberanos, en vez de lo que éramos ahora, esclavos del primer amo que se nos presentaba.

Así él, más soberano que ningún rey, un afrancesado en tiempos de la revolución francesa, logró sin temor retratar la bajeza de las altezas reales de su tiempo.

Era un hombre franco en el sentido de noble, campechano, pero sobre todo honesto y honrado.

¿Cuántos como él existirían en aquel momento?

¿Y ahora?

Marcial, con su cante jondo, era sin duda el ser humano más afable que conocía.

Ni siquiera de sus colegas comunistas se podría decir lo mismo.

El ejemplo era Mario, que aprovechándose de su dominio de la obra de Marx trataba de liderar la asociación comunista a la que ella pertenecía, considerándose un gran filósofo sin haber pensado ni una sola vez por sí mismo.

Aquello, por muy socialista que él se considerase, le parecía un burdo artificio para sobresalir y aprovecharse del trabajo de los demás.

Las mismas artimañas que utilizaban reyes, curas, militares y capitalistas, eran empleadas por los mal llamados socialistas, e incluso comunistas.

Al parecer, tal como Goya manifestó a través de sus pinturas negras, siempre triunfa el absolutismo.

¿Cómo?

¿Por qué?

Aquel cuadro expresaba lo inefable, lo mismo que las rimas de Bécquer.

Tantas veces se había preguntado cuál sería su significado...

De niña se había imaginado recogiendo a aquel perrito solo y abandonado, acariciándolo y apretándolo ardientemente contra su cuerpo sintiendo su calor; pues besar y acariciar es aquello que todos los cerebros infantiles guardan programado de modo espontáneo en sus discos duros.

Sin embargo, llegada la adolescencia, se había vuelto más fría y distante hacia él, relegándolo, como el arpa del poema, a un oscuro ángulo de su corazón.

Pero como en la rima de Bécquer, mientras mira el cuadro, gracias al roce de la blanca mano que se encontraba a su lado, siente como si su padre hubiera resucitado.

Mónica siente una emoción muy intensa.

Por lo que recordaba de su año Erasmus en París, aquello suponía encontrarse enamorada.

El rostro se le había aclarado y de él brotaba una luz blanca, como si fuera una bombilla.

Sus labios se habían vuelto más encarnados.

Sus miradas y sonrisas no podían resultar más dulces y encantadoras.

Todos los movimientos de su cuerpo parecían más gráciles que de costumbre, como si una misteriosa liviandad se hubiera apoderado de su cuerpo.

Su cuello, ya de por sí esbelto, parecía haberse alargado.

Y es que por efecto del deseo, mantenía una postura más erguida aún.

Se diría que ella misma se había convertido en una obra de arte por efecto del amor.

Habían salido del museo a comer algo y ahora se encontraban en el Retiro sentados sobre la hierba.

Manu le había hecho una corona de margaritas y se la había colocado sobre la cabeza.

A partir de ese momento sería su ama.

Había dicho maîtresse, con s sorda, que no quería decir amante, ya que ésa tenía sólo una s, sonora, y se pronunciaba como el silbido de una serpiente.

Había muchas más palabras así, como poisson y poison, pescado y veneno.

Y la s sola, sibilante y sibilina, representaba peligro.

En realidad se sentía como Eva tras haber mordido la manzana.

Si aquello era el pecado, estaba dispuesta a consagrarse a él en cuerpo y alma.

Al fin había logrado encontrar una espiritualidad acorde con sus ideas.

Para ella el absoluto representaba el amor con mayúsculas.

Se trataba de un modo de trascendencia, el único y verdadero.

En el arte también podía encontrarse esa misma razón de ser, del ser.

La creación con mayúsculas era un sinónimo de Dios.

La inmortalidad se lograba únicamente gracias a ambas facultades divinas.

Siempre había querido ser arquitecta porque deseaba que sus obras permanecieran en pie tras su muerte.

En realidad el amor, según Schopenhauer, era eso.

Leyendo su Metafísica del amor había aprendido la teoría, pero ahora, al fin, se encontraba realizando la obra maestra por excelencia.

Para ella, a partir de ahora, cada gesto, cada palabra, dejaría de ser banal.

La fuerza dominante y dominadora más poderosa del mundo se había apoderado de su espíritu.

Viéndole tan guapo, tierno, inteligente y sensible; se sentía como la heroína de una novela romántica.

La subjetividad verdadera, y no la que utilizaba el consumismo, la falsa, guiaba su voluntad.

Nadie más podría ocupar su lugar.

Ya no era intercambiable, sino única, como una obra de arte.

Mientras se encontrara en ese estado de gracia, de fecundidad extremada, no sería una mujer objeto de esas que se paseaban como zombis por las ciudades creyendo que llevar un modelito peculiar las convertiría en seres únicos.

Siempre se había resistido a caer en esa trampa del consumismo, creador de falsas subjetividades en base a la libertad de elección de objetos.

La verdadera libertad era la de encontrar al ser complementario, nuestra media naranja, y si no la vida pasaría muerta por nuestros cuerpos.

Esa fusión mística con el otro, gracias al primer beso, es lo que ahora siente.



Mónica se reúne con su amiga Marisa en la Puerta del Sol.

Había quedado con ella en la sede de la asociación comunista a la que ambas pertenecían a las seis menos cuarto.

Como no tenía móvil, necesitaba fijar las citas con antelación.

También se había dado cita allí con Mario, el filósofo de pacotilla, como ella le había apodado, pero les había dado plantón a los dos.

Con lo de Marcial, que ahora se encontraba a su lado, se le había ido el santo al cielo.

Al recordarlo, horas más tarde, le había pedido el teléfono precisamente a él para enviarle un mensaje a su amiga.

Tenía una pequeña agendita donde llevaba apuntados los números de telefono a la que llamaba su móvil.

Eso lo había aprendido de su primer gran amor en París.

No hacía falta que todos estuviéramos provistos de todo en la vida, porque de ser así nadie tendría necesidad de nadie, y los vínculos se cortarían como los cables de los teléfonos.

A ella le gustaba intercambiar cosas con los demás, para empezar hablarles y escucharles, que no era poco.

Según sus nociones de filosofía, consideraba que las enseñanzas de Sócrates debían ir por ahí.

Cada persona, dialogando incluso consigo misma, es decir pensando, podía llegar a convertirse en sabia.

De ahí el origen de la ciencia y su importancia.

Los que únicamente pensaban en cosas prácticas, se volvían proletarios del pensamiento, o sea mezquinos.

Mientras que aquellos que desarrollaban sus ideas con total libertad, dejándose llevar por la abstracción, como los matemáticos o los informáticos, aunque pudieran parecer tontos, se encontraban en una dimensión más elevada.

Los científicos actuales podían corresponderse con los santos antiguos por encontrarse casi siempre en el más allá.

De hecho el 15-M se había inspirado en los hackers y en sus mancomunidades.

Su generosidad a la hora de crear programas para compartir el conocimiento, como internet, había abierto una vía de esperanza al considerar que gracias a informática podría llevarse a cabo una verdadera democracia participativa.

El demandar con urgencia una democracia real era el modo de manifestar públicamente ese anhelo político.

No se trataba de derrocar un gobierno a modo de golpe de estado, sino todo lo contrario.

Muchos jóvenes con grandes capacidades intelectuales habían dado con la clave para mejorar una democracia representativa que se había quedado obsoleta.

Eso permitiría acabar con el bipartidismo, especialmente cuando, tal como el gobierno de Zapatero había demostrado, los políticos de izquierdas, aún sin ellos ser conscientes, se habían pasado a la derecha mas recalcitrante.

Estaba claro que ya no representaban a sus votantes, así que aquella farsa no tenía ya ningún sentido.

Había llegado el momento de volverse idealistas, ya no en el sentido de defender el marxismo, pues Marx no era más que un trasnochado científico económico; sino aspirando al ideal de una participación directa de todos los ciudadanos en la política y la economía del Estado.

Por eso, en defensa de los valores demócratas, se reúne con Marisa, siempre rodeada de personas solidarias y comprometidas.

Mónica, su cuerpo y su alma, se encuentran fuera de sí, con lo que el egoísmo abandonará por completo su espíritu al haberse convertido en esclavo del deseo amoroso, por lo tanto del bien.

A partir de ese momento pasará al servicio a la humanidad a través del instinto de conservación de la especie, que básicamente ha de ser sexual.

Ése era, es, y será por siempre Dios.

Mientras que Satanás, el pervertido y reprimido, tratará por los siglos de los siglos de dominar al mundo a través del dinero, pues es el encargado de satisfacer únicamente los instintos de conservación del maldito Yo.

Ambos serán necesarios para sobrevivir, pero en la selva, no en el mundo civilizado donde las necesidades básicas de las personas deberían encontrarse garantizadas.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de tantos jóvenes indignados y comprometidos que habían iniciado el 15 de mayo de 2011 una revolución contra la moderna inquisición, el mal con mayúsculas vencerá a su antagonista.

Unos contra los otros, los hombres contra las mujeres, los ricos contra los pobres, los del norte contra los del sur, provocarán una verdadera catástrofe universal.

Ella peleará con todas sus fuerzas, pero en vano, pues tal como manifestaba su padre, el fracaso del comunismo había supuesto la ruina moral de toda la humanidad.

Primero el Cristianismo, luego el Comunismo, y a continuación el Nuevo Cristianismo, inspirado en el simonismo, serán vencidos por los poderes de la oscuridad; es decir, la bestia que todos los humanos llevamos dentro y que tan sólo el amor es capaz de doblegar.

La moral puritana de Estados Unidos, que tomará las riendas de Europa tras la catástrofe, no ayudará en absoluto a solucionar el problema.

Al menos ella no llegará a sufrir esa decepción en vida, y permanecerá siempre en la Resistencia española, que luego se unirá a las creadas en otros países para combatir al enemigo común, el poder del dinero.

Como Hessel defenderá en su primer manifiesto, para que los Estados Europeos no sean completamente desmantelados habrá que nacionalizar bancos, energía, transportes, seguros y minas.

De no ser así, toda la riqueza adquirida a través de generaciones, desaparecerá de los territorios nacionales para focalizarse únicamente en los puntos concretos de la tierra donde se concentre más cantidad de capital.

Es decir, los paraísos fiscales, que en realidad son los infiernos morales.

Lo cierto es que un día se lamentará de no haber comprendido antes que El Capital era el sobrenombre de Satán, el promotor de las guerras contra el islam.

Entonces reprochará al mayor científico económico de todos los tiempos el no haber sido capaz de desarrollar un espíritu lo suficientemente creativo y crítico como para llegar hasta el fondo de la cuestión.

Ella, que siempre había creído en el comunismo, porque era la religión que le había transmitido la persona que más amaba en el mundo, descubrirá que no se trataba más que de una engañifa.

Y lo peor es que ya lo había manifestado el mayor creador de todos los tiempos más de cien años atrás, y gracias su novela Los Demonios, lo comprenderá todo.

Creyendo en él como si se tratara de un profeta, dado que en El jugador ofrecía una radiografía de los europeos y apostaba por los ingleses, cuando Manu la traicione tendrá muy claro quien será su próximo amado.

Y diez años más tarde, junto a un verdadero gentleman, su cuerpo y su alma, unidos a un cuerpo y un alma ajenos formando un todo, se encuentran fuera de sí.